

nos hasta el Oglio, es decir, Dalmacia, Istria, Friul, el Bresciano, el Bergamasco y el Mantuano, con la plaza de Mantua; pero estas provincias no le compensaban de la mitad de lo que perdía cediendo la Bélgica y la Lombardía. Mr. de Cobentzel aseguraba que no era demasiado cederle, no sólo la Lombardía, sino también Venecia y sus Legaciones, restableciendo al duque de Módena en su ducado.

A toda la facundia de Mr. de Cobentzel contestaba Bonaparte con un imperturbable silencio, y á sus locas pretensiones con otras igualmente excesivas, enunciadas con tono severo y resuelto. Pedía la línea del Rhin para Francia, incluso Maguncia, y la del Isonzo para Italia; pero entre estas pretensiones opuestas era preciso elegir un término medio. Bonaparte, como ya hemos dicho, creyó entrever que cediendo Venecia al Austria (concesión que no estaba comprendida en los preliminares de Leoben, porque no se pensaba entonces en la supresión de esta república), podría obtener que el emperador hiciese retroceder su límite desde el Oglio al Adige; que el Mantuano, el Bergamasco y el Bresciano se cedieran á la Cisalpina, la cual tendría así la frontera del Adige y Mantua; que el emperador reconociese además á Francia el límite del Rhin, entregándole hasta Maguncia, y que por último consintiera en dejarle las Islas Jónicas. Bonaparte resolvió tratar con esas condiciones, pues veía muchas ventajas reales y todas aquellas que Francia podía obtener en el momento. El emperador se comprometía ante la opinión de Europa tomando Venecia, puesto que por él había hecho aquella traición á Francia. Al abandonar el Adige y Mantua, el emperador daba á la nueva república italiana una gran consistencia; dejándonos las islas Jónicas, nos preparaba el imperio del Mediterráneo; reconociéndonos el límite del Rhin, dejaba al Imperio sin fuerza para rehusárnosle; al cedernos á Maguncia, nos ponía verdaderamente en posesión de este límite, y se comprometía además con el Imperio de la manera más grave, entregándonos una plaza perteneciente á uno de los príncipes germánicos. Verdad es que emprendiendo una nueva campaña se estaba seguro de aniquilar la monarquía austriaca, ó de obligarla cuando menos á renunciar á Italia; pero Bonaparte tenía más de una razón personal para evitar esta campaña. Corría el mes de octubre, y era tarde para penetrar en Austria: el ejército de Alemania, mandado por Augereau, debía tener toda la ventaja, pues nadie le cerraba el paso; mientras el de Italia tenía contra sí todas las fuerzas austriacas; no le era posible figurar brillantemente, por hallarse reducido á la defensiva, ni le era dado penetrar el primero en Viena. Por último, Bonaparte estaba fatigado; quería disfrutar un poco de su inmensa gloria; una batalla más no añadía nada á las proezas de estas dos campañas, y al firmar la paz obtenía un doble triunfo. A su gloria de guerrero agregábase la de negociador, y sería el único general de la república que hubiese conquistado las dos, porque no se contaba aún ninguno que hubiera firmado tratados. Satisfaría también uno de los más ardientes deseos de Francia y volvería á su seno con toda clase de triunfos. Ciertamente que era una desobediencia formal firmar un tratado sobre aquellas bases, porque el Directorio exigía la completa libertad de Italia; pero no se ocultaba á Bonaparte que aquél

no osaría rehusar la ratificación del tratado, porque sería oponerse á la opinión de Francia. El Directorio lo había hecho ya rompiendo las negociaciones en Lila; chocaría con ella mucho más si lo hacía también en Udina, y justificaría todos los cargos de la facción realista que le acusaba de querer una guerra eterna. Bonaparte comprendió, pues, que al firmar el tratado obligaba al Directorio á ratificarle.

En su consecuencia, dió atrevidamente su *ultimátum* á Mr. de Cobentzel: Venecia quedaba para el Austria, pero el Adige y Mantua para la Cisalpina y el Rhin y Maguncia para Francia, con más las islas Jónicas. El 16 de octubre (25 vendimiario del año VI) celebróse la última conferencia en Udina en casa de Mr. de Cobentzel. De una parte y otra declarábase que se iba á romper, y Mr. de Cobentzel anunciaba que tenía sus coches dispuestos. Hallábanse todos sentados alrededor de una larga mesa rectangular; los cuatro representantes austriacos estaban á un lado, y Bonaparte solo al otro. Mr. de Cobentzel, recapitulando todo cuanto había dicho, sostuvo que el emperador debía recibir las llaves de Mantua al ceder las de Maguncia; que no podía proceder de otro modo sin deshonrarse; que por lo demás, nunca había hecho Francia un tratado tan favorable, y seguramente no desearía otro más ventajoso; que ante todo quería la paz, y que sabría juzgar la conducta del negociador que sacrificase el interés y el reposo de su país á su ambición militar.

Bonaparte que había permanecido sereno é impasible mientras se pronunciaba aquel insultante apóstrofe, dejó á Mr. de Cobentzel terminar su discurso, y después, dirigiéndose á un velador en que se veía un juego de café de porcelana, regalado por la gran Catalina á Mr. de Cobentzel, y el cual se ostentaba allí como un objeto precioso, cogiólo y lo estrelló contra el suelo, pronunciando estas palabras:

«Queda declarada la guerra; pero recordad que antes de tres meses romperé vuestra monarquía como acabo de romper esta porcelana.»

Este acto y estas palabras asombraron á los representantes austriacos. Bonaparte los saludó y salió, subió á su coche y ordenó á un oficial que fuese á manifestar al archiduque Carlos que dentro de veinticuatro horas se romperían las hostilidades. Atemorizado Mr. de Cobentzel, envió al punto á Passeriano el *ultimátum* firmado. Una de las condiciones del tratado era la libertad de Mr. de Lafayette, que hacía cinco años soprotaba heroicamente su prisión en Olmutz.

Al día siguiente, 17 de octubre (26 vendimiario), firmóse el tratado en Passeriano, fechándole en un pueblecillo situado entre los dos ejércitos, pero en el cual no se entró, porque no había local conveniente para recibir á los negociadores. Este pueblo era el de *Campo-Formio*, y dió su nombre á este célebre tratado, el primero concluido entre el emperador y la república francesa.

Estaba convenido que el emperador, como soberano de los Países Bajos á individuo del Imperio, reconocería á Francia el límite del Rhin, entregando Maguncia á nuestras tropas, y quedando las islas Jónicas en nuestra posesión; que la república Cisalpina tendría la Romanía, las Legaciones, el ducado de Módena, Lombardía, la Valtelina, el Bergamasco, el Bresciano y el

Mantuano, con el límite del Adige y Mantua. El emperador subscribía además á diversas condiciones resultantes de este tratado y de los anteriores que obligaban á la república. Por lo pronto comprometíase á dar Brisgaw al duque de Módena en compensación de su ducado, y además á interponer su influjo para que el estatúder obtuviese una indemnización en Alemania por la pérdida de Holanda, y otra al rey de Prusia por la pérdida del pequeño territorio que en la izquierda del Rhin nos había cedido. En virtud de estos compromisos quedaba asegurado el voto del emperador en el congreso de Rastadt para la solución de todas las cuestiones que más interesasen á Francia. El emperador recibía en cambio de todo lo que otorgaba, el Friul, Istria, Dalmacia y las Bocas del Cattaro.

Jamás había hecho Francia una paz tan ventajosa; obtenía al fin sus límites naturales, y con el consentimiento del continente. Efectuábase una gran revolución en la Alta Italia; quedaba destruido un antiguo Estado y fundado otro nuevo; pero el primero era una aristocracia despótica, enemiga irreconciliable de la libertad; mientras el segundo era una república liberalmente constituida, susceptible de comunicar la libertad á toda Italia. Ciertamente se podía sentir que los austriacos no fuesen rechazados hasta más allá del Isonzo, y que toda la Alta Italia y la misma ciudad de Venecia no se agregaran á la Cisalpina, resultado que se habría obtenido con una campaña más; pero consideraciones particulares impidieron al joven vencedor emprenderla. El interés personal comenzaba á modificar los cálculos del gran hombre, imprimiendo una mancha en el primero y tal vez en el más hermoso acto de su vida.

Bonaparte no podía dudar apenas de la ratificación del tratado; mas no dejaba de estar inquieto, porque era una contravención formal á las instrucciones del Directorio. Su fiel y complaciente jefe de estado mayor Berhier, á quien apreciaba mucho y al que no había enviado aún á Francia para disfrutar de los aplausos de los parisienses, fué quien recibió la comisión de llevar el tratado. Con su tino ordinario, agregó al militar un sabio, un tal Monge, que había formado parte de la comisión encargada de elegir los objetos de arte en Italia, y que, á pesar de su ardiente amor á la demagogia y un espíritu geométrico, quedó seducido, como tantos otros, por el genio, la gracia y la gloria.

Monge y Berthier se trasladaron á París en pocos días, y habiendo llegado á media noche, hicieron abandonar su lecho al presidente del Directorio, Larevelliere-Lepeaux. Aunque llevaban un tratado de paz, los dos enviados distaban mucho de manifestar la alegría y la confianza ordinaria en tales casos; estaban algo confusos, como hombres que deben comenzar por una declaración penosa; y en efecto, era preciso decir que se había desobedecido al gobierno. Valiéronse, pues, de grandes precauciones oratorias para dar á conocer el contenido del tratado, y excusar al general. Larevelliere los recibió con todas las consideraciones que merecían dos personajes tan distinguidos, uno de los cuales, sobre todo, era un sabio ilustre; pero no se explicó sobre el tratado, limitándose á contestar que el Directorio resolvería. La noticia de la paz había circulado ya por todo París; la alegría llegaba á su colmo; ignorábanse las condiciones, pero cualesquiera que fuesen, se estaba

seguro de que serían brillantes, y ensalzábase á Bonaparte y su doble gloria. Según lo había previsto, entusiasmo hallar en él al pacificador y al guerrero; y la paz que él había firmado sólo por egoísmo, era ensalzada como un acto de desinterés militar. Decíase que el joven general había rehusado la gloria de una nueva campaña para dar la paz á su patria.

La alegría se propagó tan rápidamente, que hubiera sido difícil al Directorio defraudarla, rechazando el tratado de Campo-Formio. Este último era el efecto de una desobediencia formal, no faltándole por lo tanto al Directorio excelentes razones para rehusar su ratificación, y habría sido de gran importancia dar una severa lección al joven audaz que infringió sus órdenes terminantes; pero ¿cómo burlar la esperanza de todos? ¿Cómo atreverse á rehusar por segunda vez la paz, después de haberlo hecho ya en Lila? ¿Se trataría de justificar todos los cargos de las víctimas de fructidor, descontentando gravemente la opinión pública? Era preciso arrostrar otro peligro no menos grave: en efecto, si se rechazaba el tratado, Bonaparte presentaría su dimisión, y seguiríanse inevitables reveses al romper de nuevo las hostilidades en Italia. ¡Cuál no sería la responsabilidad en este caso! Por otra parte, el tratado tenía inmensas ventajas ofreciendo un magnífico porvenir; más favorable que el de Leoben, daba Maguncia y Mantua, y dejaba libres todas las fuerzas de Francia para agobiar á Inglaterra.

El Directorio aprobó, pues, el tratado: la alegría fué entonces más viva y profunda; y por un hábil cálculo pensó aquél en el acto en dirigir todos los ánimos contra Inglaterra: el héroe de Italia y sus invencibles compañeros debían lanzarse de un enemigo á otro; y el mismo día en que se publicaba el tratado, un decreto nombró á Bonaparte general en jefe del ejército de Inglaterra.

Bonaparte se dispuso á salir de Italia para disfrutar por fin algunos instantes de reposo, y gozar de la mayor gloria que han presenciado los tiempos modernos. Estaba nombrado plenipotenciario en Rastadt, con Bonnier y Treilhard, para tratar de la paz con el Imperio. Estaba también convenido que en Rastadt hallaría á Mr. de Cobentzel, con quien canjearía las ratificaciones del tratado de Campo-Formio. Al mismo tiempo debía velar por la ejecución de las condiciones relativas á la ocupación de Maguncia. Ya él había cuidado con su acostumbrada previsión de estipular que las tropas austriacas no entrasen en Palma Nova hasta que las suyas hubiesen entrado en Maguncia.

Antes de salir para Rastadt quiso dejar concluidos los asuntos de Italia. Proveyó los cargos que restaban en la Cisalpina, y arregló las condiciones para permanecer las tropas francesas en Italia y sus relaciones con la nueva república. Estas tropas debían quedar al mando de Berthier y formar un cuerpo de treinta mil hombres, mantenidos por la Cisalpina, permaneciendo en ella hasta la paz general en Europa. Retiró la división que tenía en Venecia, y entregó esta ciudad á los austriacos. Viéndose los patriotas venecianos en poder del Austria, se indignaron vivamente. Bonaparte les había asegurado un asilo en la Cisalpina, estipulando con el gobierno austriaco que tendrían facultad de vender sus bienes. No agradecieron estos cuidados, y desbordáronse en

furiosas y naturales imprecaciones contra el vencedor que los sacrificaba. Villetard, que parecía haberse empeñado con el gobierno en favor de ellos, escribió á Bonaparte, y éste le trató con extraordinaria dureza; por lo demás, no fueron sólo los patriotas los que manifestaron sentimiento en esta circunstancia; los nobles y el pueblo que preferían en otro tiempo el Austria á Francia, porque querían los principios de una y aborrecían los de otra, sintieron despertarse todos sus sentimientos nacionales, y manifestaron un amor á su antigua patria, que les hizo merecedores del interés que hasta entonces no habían inspirado. La desesperación fué general; se vió envenenarse á una noble señora, y al antiguo dux caer desfallecido á los pies del oficial austriaco, en cuyas manos prestaba el juramento de obediencia.

Bonaparte dirigió una proclama á los italianos, en la cual se despedía de ellos, y les daba sus últimos consejos: en este documento rebosaba este estilo noble, enérgico y siempre algo oratorio que sabía comunicar á su lenguaje público. «Os hemos dado la libertad, decía á los cisalpinos, sabed conservarla...; para ser dignos de vuestro destino no hagáis sino leyes sabias y moderadas, y hacédlas cumplir con fuerza y energía; favoreced la propagación de las luces y respetad la religión. Formad vuestros batallones, no con hombres sin fe, sino con ciudadanos que se alimenten de los principios de la república y estén íntimamente interesados en su prosperidad. Necesitáis generalmente penetraros del sentimiento de vuestra fuerza y de la dignidad que conviene al hombre libre: divididos y doblegados hace siglos á la tiranía, no habíais conquistado vuestra libertad; pero en pocos años, aunque os vierais abandonados á vosotros mismos, ningún poder de la tierra será bastante fuerte para arrancárosla. Hasta entonces la gran nación os protegerá contra los ataques de vuestros vecinos; su sistema político estará unido al vuestro... Os dejaré dentro de pocos días. Sólo las órdenes de mi gobierno y un peligro inminente de la república Cisalpina me volverán á vuestro seno.»

Esta última frase era una respuesta á los que decían que trataba de proclamarse rey de Lombardía. Bonaparte no hubiera preferido nada al título y al puesto de primer general de la república francesa. Uno de los negociadores austriacos le había ofrecido de parte del emperador un Estado en Alemania, y contestó que no quería deber su fortuna sino el agradecimiento del pueblo francés. ¿Entreveía su porvenir? Sin duda que no; pero aun cuando sólo fuese primer ciudadano de la república, compréndese que prefería este título á los demás en aquel instante. Los italianos le acompañaron con su sentimiento, y contristados vieron desvanecerse aquella brillante aparición. Bonaparte atravesó con rapidez el Piamonte para dirigirse por Suiza á Rastadt: en el camino habíanse preparado magníficas fiestas y presentes para él y su esposa; los príncipes y los pueblos querían ver á aquel guerrero tan célebre, aquel árbitro de tantos destinos. En Turín mandó el rey preparar regalos para manifestarle su reconocimiento por el apoyo que recibió del Directorio. En Suiza fué extremado el entusiasmo de los vaudeses al ver al libertador de la Valtelina. Varias jóvenes, luciendo los tres colores, le presentaron coronas; y por todas partes velase escrita esta máxima tan cara para los vaudeses: *Un pueblo no*

puede ser súbdito de otro pueblo. Bonaparte quiso ver el osario de Morat, y halló multitud de curiosos que le seguían por todas partes. En las ciudades por donde pasaba hacíanse salvas de artillería: el gobierno de Berna, que veía con despecho el entusiasmo que inspiraba el libertador de la Valtelina, prohibió á sus oficiales que dispararan los cañones; pero se le desobedeció. Llegado á Rastadt, Bonaparte halló á todos los príncipes alemanes impacientes por verle: en el acto hizo tomar á los negociadores franceses la actitud que convenía á su misión y á su cargo, y rehusó recibir á Mr. de Fersen, elegido por Suecia para representarla en el congreso del Imperio, y á quien sus relaciones con la antigua corte de Francia hacían poco propio para tratar con la república francesa. Esta negativa produjo una viva sensación, demostrando el constante cuidado que ponía Bonaparte para realzar á la *gran nación*, según la llamaba en todas sus arengas. Después de haber cambiado las ratificaciones del tratado de Campo-Formio, adoptó las disposiciones necesarias para la entrega de Maguncia, y resolvió marchar á París. No veía nada de particular que discutir en Rastadt, y presagiaba sobre todo interminables dilaciones para poner de acuerdo á todos aquellos principillos alemanes. Semejante cargo no era de su gusto; además de esto, estaba rendido, y era muy natural un poco de impaciencia por llegar á París y subir al Capitolio de la moderna Roma.

Salió de Rastadt, cruzó la Francia de incógnito, y llegó á París en la tarde del 15 frimario del año vi (5 de diciembre 1797). Fué á ocultarse en una casa muy modesta que había mandado comprar en la calle Chantreine. Aquel hombre, cuyo orgullo era inmenso, tenía toda la habilidad de una mujer para ocultarle. Cuando la rendición de Mantua, se substraño al honor de ver desfilar á Würmser; en París quiso esconderse en la más obscura morada. Afectaba en su lenguaje, en su modo de vestir y en todas sus costumbres tan marcada sencillez, que sorprendía la imaginación de los hombres, conmoviéndoles más profundamente por el efecto del contraste. Advertido todo París de su llegada, hallábase dominado de una impaciencia por verle que era muy natural, sobre todo en franceses. El ministro de Estado, Mr. de Talleyrand, que le había inspirado simpatías desde lejos, quiso ir á visitarle aquella misma tarde; pero Bonaparte pidió permiso para no recibirle, y pasó á verle á la mañana siguiente. El salón del ministerio estaba lleno de grandes personajes, ansiosos de ver al héroe: silencioso para todo el mundo, divisó á Bougainville, y dirigióse á él para decirle algunas de esas palabras que, pronunciadas por sus labios, debían producir profundas impresiones. Demostraba ya la afición de un soberano al hombre útil y célebre. Mr. de Talleyrand le presentó al Directorio y aunque hubiese muchos motivos de descontento entre Bonaparte y los directores, la entrevista fué muy cordial; convenía al Directorio aparentar satisfacción, y al general deferencia; y por otra parte, tan grandes eran los servicios y tan deslumbradora la gloria, que el entusiasmo debía substituir al descontento.

El Directorio preparó una fiesta triunfal para la entrega del tratado de Campo-Formio, que no se verificó en la sala de audiencias del Directorio, sino en el gran patio del Luxemburgo, disponiéndose todo de manera

que esta solemnidad fuera una de las más imponentes de la revolución. Los directores se hallaban en el fondo del patio, en un estrado, vistiendo el traje romano. Alrededor de ellos los ministros, los embajadores, los individuos de ambos Consejos, la magistratura y los jefes de las administraciones ocupaban sus asientos, alineados en forma de anfiteatro. Alrededor del patio elevábanse á intervalos magníficos trofeos, formados por las innumerables banderas tomadas al enemigo; sus paredes estaban adornadas con hermosas colgaduras tricolores; las galerías ocupadas por la más brillante sociedad de la capital, y en su recinto los coros de música. Alrededor del palacio había infinita artillería para acompañar con su estruendo á los acentos de la música y al ruido de los aplausos. Chenier había compuesto para este día uno de sus mejores himnos.

Era el 20 frimario del año vi (10 diciembre 1797). El Directorio, los funcionarios públicos y los concurrentes ocupaban ya sus puestos, esperando con impaciencia al hombre ilustre que pocos de ellos habían visto. Al fin apareció acompañado de Mr. de Talleyrand, encargado de presentarle, porque era al negociador á quien se felicitaba en aquel momento. Todos los contemporáneos á quienes admiró ver aquel hombre de escasa estatura, de rostro pálido y facciones romanas, con sus ojos de ardiente mirar, nos hablan aún diariamente del efecto que produjo, de la indefinible expresión de genio y de autoridad que revelaba toda su persona. La sensación fué extraordinaria; y resonaron unánimes aclamaciones á la vista de aquel personaje tan sencillo, que había alcanzado tanta celebridad. Por todas partes resonaron los gritos: *¡Viva la república! ¡Viva Bonaparte!* Mr. de Talleyrand tomó después la palabra, y en un discurso muy hábil y conciso, esforzóse por hacer recaer la gloria del general, no en él, sino en la revolución, en los ejércitos y en la *gran nación*. En esto pareció hacerse eco de la modestia de Bonaparte, adivinando con su acostumbrado talento cómo quería el héroe que se hablase de él delante de él. Mr. de Talleyrand habló después de lo que, según él decía, *podía llamarse su ambición*; pero recordando su antigua afición á la sencillez, su amor á las ciencias abstractas, sus lecturas favoritas y aquel sublime Ossian con el que aprendía á desprenderse de la tierra, Mr. de Talleyrand dijo que tal vez sería algún día necesario arrancarle de su estudiantado retiro. Lo que acababa de decir Mr. de Talleyrand estaba en todas las bocas, é iba á encontrarse en todos los discursos pronunciados en aquella gran solemnidad. Todo el mundo decía y repetía que el joven general carecía de ambición, sin duda por el temor que se abrigaba de que la tuviese. Bonaparte habló después del ministro de Estado Mr. de Talleyrand, pronunciando con voz firme las siguientes frases cortadas:

«Ciudadanos:

»El pueblo francés tenía que combatir á los reyes para ser libre.

»Para obtener una constitución fundada en la razón, debía vencer las preocupaciones de diez y ocho siglos.

»Vosotros y la Constitución del año iii habéis triunfado de todos estos obstáculos.

»La religión, el feudalismo y la monarquía han go-

bernado la Europa sucesivamente hace veinte siglos; pero desde la paz que acabáis de concluir data la era de los gobiernos representativos.

»Habéis llegado á organizar la gran nación, cuyo vasto territorio no está circunscrito, sino porque la misma naturaleza le puso límites.

»Aún habéis hecho más. Las dos partes más hermosas de Europa, en otro tiempo tan célebres por las artes, las ciencias y los grandes hombres de que fueron la cuna, ven con las mayores esperanzas al genio de la libertad salir de la cuna de sus antecesores.

»Son dos pedestales en los que el destino apoyará á dos naciones poderosas.

»Tengo el honor de entregaros el tratado firmado en Campo-Formio y ratificado por S. M. el emperador.

»La paz asegura la libertad y la gloria de la república.

»Cuando la felicidad del pueblo francés esté asegurada con mejores leyes orgánicas, la Europa entera será libre.»

Apenas terminado este discurso, resonaron de nuevo las aclamaciones: Barras, presidente del Directorio, contestó con otro muy largo y confuso, poco conveniente, que ensalzaba mucho la modestia y sencillez del héroe; también contenía un justo tributo para Hoche, el supuesto rival del vencedor de Italia. — ¿Por qué no se halla aquí Hoche, decía el presidente del Directorio, para ver y abrazar á su amigo? — Hoche, en efecto, había defendido á Bonaparte el año anterior con generoso entusiasmo. Siguiendo el nuevo impulso comunicado á todos los ánimos, Barras ofrecía nuevos lauros al héroe, invitándole á ir á recogerlos en Inglaterra. Después de estos tres discursos se entonó á coro el himno de Chenier, con acompañamiento de una magnífica orquesta. Dos generales se acercaron luego acompañados del ministro de la Guerra: eran el bravo Joubert, el héroe del Tirol, y Andreossy, uno de los oficiales más distinguidos de artillería; adelantáronse con una bandera admirable, la que el Directorio acababa de dar al terminar la campaña al ejército de Italia; era el nuevo oriflama de la república, y estaba sobrecargado de innumerables caracteres de oro, que decían lo siguiente:

«El ejército de Italia ha hecho ciento cincuenta mil prisioneros; ha ganado ciento setenta banderas, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas de campaña, cinco trenes de puentes, nueve navíos, doce fragatas, doce corbetas y diez y ocho galeras. — Armisticios con los reyes de Cerdeña y de Nápoles, con el papa, y con los duques de Parma y de Módena. — Preliminares de Leoben. — Convenio de Montebello con la república de Génova. — Tratados de paz de Tolentino y de Campo-Formio. — Libertad dada á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa-Carrara, Romanía, Lombardía, Brescia, Bérgamo, Mantua, Cremona, parte del Veronés, Chiavenna, Bormio y la Valtelina; á los pueblos de Génova, á los feudos imperiales, á los pueblos de los departamentos de Córcega, del mar Egeo é Itaca. — Remitido á París las obras maestras de Miguel Angel, el Guernichino, el Tiziano, Pablo Veronés, el Corregio, Albano, los Carachos, Rafael, Leonardo de Vinci, etc. — Triunfos en diez y ocho batallas campales, Montenotte, Millesimo, Mondoví, Lodi, Borghetto, Lo-

nato, Castiglione, Roveredo, Bassano, San Jorge, Fontana-niva, Caldiero, Arcola, Rivoli, La Favorita, El Tagliamento, Tarvis y Neumarck. — Sesenta y siete combates empeñados.»

Joubert y Andreossy hablaron á su vez, recibiendo una lisonjera contestación del presidente del Directorio; y después de todas estas arengas, los generales fueron á recibir su abrazo. Cuando tocó el turno á Bonaparte, los cuatro directores se precipitaron en los brazos del general como por un movimiento involuntario, y

resonaron unánimes aclamaciones. A ellas unió sus gritos el pueblo apiñado en las calles inmediatas, y con ellos se confundió también el estampido del cañón: todos los ánimos parecían dominados por la embriaguez. ¡He aquí cómo Francia se arrojó en brazos de un hombre extraordinario! ¡No acusemos á la debilidad de nuestros padres; esa gloria no llega á nosotros sino á través de las nubes del tiempo y de las desdichas, y sin embargo, nos arrebató! Repitamos con Esquino: *¡Qué sería si hubiésemos visto al mismo monstruo!*

CAPÍTULO XII

El general Bonaparte en París. — Sus relaciones con el Directorio. — Proyecto de un desembarco en Inglaterra. — Relaciones de Francia con el continente. — Congreso de Rastadt. — Causas de la dificultad en las negociaciones. — Revolución en Holanda, Roma y Suiza. — Situación interior en Francia. — Elecciones del año VI. — Escisiones electorales. — Nombramiento de Treillard para el Directorio. — Expedición á Egipto, substituída por Bonaparte al proyecto de desembarco. — Preparativos para esta expedición.

La recepción triunfal que el Directorio había hecho al general Bonaparte fué seguida de brillantes fiestas, con que le obsequiaron cada cual de por sí los directores, los individuos de los Consejos y los ministros, tratando todos de excederse en magnificencia. El héroe de estas fiestas quedó admirado del gusto que desplegó en su obsequio el ministro de Estado, hallando gran atractivo en la antigua elegancia francesa. En medio de toda esta pompa, mostrábase sencillo y afable, aunque severo, y casi insensible al placer; buscaba en la multitud al hombre útil y célebre para ir á hablar con él del arte ó de la ciencia en que se había ilustrado. Las principales notabilidades tenían por un honor que les distinguiese el general Bonaparte.

La instrucción del joven general no era sino la de un oficial que acaba de salir de las escuelas militares; pero gracias al instinto del genio, sabía hablar de los asuntos que le eran más desconocidos, emitiendo algunas de esas opiniones aventuradas, aunque originales, que sólo suelen ser impertinencias de la ignorancia, pero que en los hombres superiores, y expresadas con su estilo, producen ilusión y seducen aun á las especialidades. Observábase con sorpresa su facilidad en tratar todos los asuntos: los diarios, que se ocupaban de los menores detalles relativos á la persona del general Bonaparte, que referían en casa de qué personaje había comido, qué expresión tenía su rostro, si estaba alegre ó triste, dijeron que al comer en casa de Francisco de Neufchateau había hablado de matemáticas con Lagrange y Laplace, de metafísica con Sieyes, de poesía con Chenier y de legislación y de derecho público con Daunou.

Generalmente no se atrevían á preguntarle mucho cuando se hallaban en su presencia, deseándose sólo vivamente inducirle á que hablase de sus campañas. Cuando lo hacía, jamás decía nada de sí, sino de su ejército, de sus soldados y de la bravura republicana; pintaba el movimiento y el estruendo de las batallas; hacía comprender vivamente el momento decisivo, la manera de aprovecharle, y entusiasmaba á todos cuantos le oían con sus narraciones claras, sorprendentes y dramáticas. Si sus hazañas habían anunciado un gran capitán, sus conversaciones revelaban un espíritu original, fecundo, sucesivamente vasto ó preciso y siempre arrebatador cuando se enardecía. Había conquistado á las masas por su gloria; y por sus conversaciones comenzaba á conquistar uno á uno á los primeros hombres de

Francia. La seducción, ya muy grande, éralo más cuando se le había visto; hasta los indicios de un origen extranjero, que el tiempo no había borrado aún en su persona, contribuían á que fuera mayor el efecto.

La singularidad comunica siempre más prestigio al genio, sobre todo en Francia, donde, á pesar de ser muy uniformes las costumbres, gusta lo extraño apasionadamente. Bonaparte afectaba huir de la multitud, ocultándose á las miradas, y hasta acogía mal á veces las señales demasiado vivas de entusiasmo. Madame Stael, que amaba y tenía derecho á amar la grandeza, el genio y la gloria, estaba impaciente por ver á Bonaparte y expresarle su admiración. Este último, como hombre imperioso, que quiere que todo el mundo conserve su lugar, censuraba que madama Stael se saliese algunas veces del suyo; parecíale que tenía demasiado talento y entusiasmo; y presintiendo su independencia á través de su admiración, mostróse frío, duro é injusto. Como le preguntase un día, á la verdad con muy poco tacto, cuál era á sus ojos la primera de las mujeres, contestóla secamente: «La que ha tenido más hijos.» Desde aquel instante comenzó aquella antipatía recíproca, de la cual resultaron para ella tormentos poco merecidos, y que le indujeron á él á cometer actos de mezquino y brutal despotismo.

Bonaparte salía poco y habitaba en su casita de la calle de Chantereine, que había cambiado de nombre, y á la que el departamento de París denominó calle de la Victoria. Sólo veía á varios sabios, Monge, Lagrange, Laplace y Berthollet; á ciertos generales, como Desaix, Kléber y Caffarelli, y á algunos artistas, particularmente á Talma, el célebre actor que Francia acaba de perder, y á quien profesaba un afecto particular. Salía generalmente en un coche muy sencillo; si iba al teatro, estaba siempre en un palco de rejilla, y parecía no participar de ninguno de los disipados gustos de su esposa. Profesaba á ésta el mayor cariño; estaba dominado por la gracia particular, que así en la vida privada como en el trono, jamás abandonó á madama Beauharnais y que en ella suplía la belleza.

Habiendo quedado vacante una plaza en el Instituto por el destierro de Carnot, apresuráronse á ofrecérsela, y la aceptó con gran contento. El día de la admisión fué á sentarse entre Lagrange y Laplace, y no dejó de usar en las ceremonias el traje de individuo del Instituto, afectando ocultar así al guerrero bajo el vestido del sabio.